

COMENTARIO AL TRABAJO "LABORATORIOS Y TEMPRANOS
ENSAYOS DE INVESTIGACION EN EL HOSPITAL GENERAL
DE MEXICO (1918-1922)"*

DR. FERNANDO MARTÍNEZ CORTÉS

AGRADEZCO en lo que vale la invitación que me hizo el maestro José Joaquín Izquierdo para comentar su trabajo en el que se refiere a las investigaciones que él realizara hace más de 40 años, en el Hospital General.

Quien no esté muy habituado a tratar asuntos de carácter histórico, al escuchar comunicaciones como la que me ocupa, lo que hace es juzgarlas de acuerdo con el estado actual del problema que tocan, en este caso las Ciencias Médicas. Este proceder es lo que hace que se menosprecien obras y personas que ocuparon una época anterior a la nuestra. Del mismo modo, a menos de que hagamos algo fundamental —y muy pocos pueden ufanarse de haberlo hecho— nuestra producción científica, que ahora se nos antoja muy importante, será juzgada por quienes nos continúen y persistan en el mismo vicio.

La única manera de conocer la importancia que en el desarrollo de la Medicina Mexicana pueden tener los trabajos del Prof. Izquierdo, que acaba de referirnos, es situarlos históricamente, para lo cual es necesario un somerísimo examen del desarrollo de las ciencias en México.

En México pueden citarse tres épocas durante las cuales las condiciones individuales y sociales fueron propicias para el desarrollo de la ciencia. La primera abarca las tres últimas décadas del siglo XVIII y la primera del XIX; la segunda comprende el último tercio del mismo siglo XIX y los primeros años del actual. La tercera época se inició hace unos treinta años.

La inquietud, la libertad del pensamiento, la capacidad para la observación, el análisis, y la síntesis; la delectación genuina de descubrir algún conocimiento, son las condiciones más importantes que el individuo requiere para avanzar en el terreno de la ciencia. A su vez, la sociedad ha de proporcionar los medios

* Leído en la sesión ordinaria del 15 de abril de 1964.

económicos para el sostenimiento del hombre de ciencia; ha de darle herramientas y lugares donde trabajar y, además, ha de proporcionarle el "clima" de interés, de comprensión, que estimule su labor. Finalmente, la sociedad ha de permitir y auspiciar la aplicación de los conocimientos emanados de la labor del científico, sin equivocar los fines para los cuales fueron creados.

El auge científico que se produjo a fines del siglo XVIII fue un producto de la Ilustración, movimiento intelectual que, a su vez, fue el fruto de la ruptura de las ataduras de orden sobrenatural que tenían más o menos sujeta a la razón. Es la Ilustración —dice Kant— el resultado de la emergencia del hombre de su minoridad. Ahora se siente dueño de sí mismo y está decidido a no atenerse más que a las posibilidades de su propio entendimiento; cree en la independencia de la naturaleza y en la absoluta capacidad de la mente humana para conocerla.

Durante la Ilustración pierde importancia el deseo de conocer la "esencia" de la naturaleza. En cambio, se observan sus detalles materiales de manera cuidadosa —lo que da lugar a descripciones y clasificaciones— y se recurre al experimento, lo que permite descubrir las leyes que la rigen.

La Ilustración fue un movimiento de origen europeo pero no toda Europa participó en igual medida. En efecto, España fue tardíamente tocada por esta corriente; Carlos III, gracias a sus relaciones con Francia, le abrió las puertas. Su influencia pronto se hizo aparente en Nueva España; entre sus frutos cabe mencionar a la Real Escuela de Cirugía, primer establecimiento dedicado a la enseñanza de la medicina que se fundara anexa a un hospital y primero también donde se intentara un estudio metódico de la anatomía en el cadáver y la prohibición, por inútil, del estudio de la fisiología galénica.

A esta época pertenecen los movimientos científicos encabezados por Montaña y por Bartolache; la apertura de la Academia de San Carlos y la del Real Colegio de Minería, etc.

El segundo período de auge científico en México, que comprende el último tercio del siglo pasado y los primeros años del actual, es producto de la Reforma, movimiento sociopolítico que se iniciara en 1855 con el plan de Ayutla. En lo que toca a la Medicina, podríamos considerar como antecedentes la creación del Establecimiento de Ciencias Médicas en 1833.

Una vez más, la libertad de pensamiento y el interés por el estudio de la naturaleza son los factores más generales que determinan la dedicación a la ciencia. Este interés determinó la promulgación en 1861 de la Ley sobre Instrucción Pública que ordenaba la creación de diversas escuelas superiores, entre ellas la de Medicina. Además se otorgó a la instrucción un presupuesto mayor que en tiempos pasados y se les ordenó a los catedráticos que estuvieran informados de las publicaciones nacionales y extranjeras que tuvieran relación con su cátedra y que escribieran una memoria al finalizar el curso.

Después de la salida de Maximiliano, cuyo gobierno no logró detener el movimiento reformista, se promulgó, en 1867, la Ley orgánica de Instrucción Pública preparada por Gabino Barreda y Francisco Díaz Covarrubias con las ideas de la filosofía positiva. Esta Ley creó numerosas escuelas y formalizó la existencia del Observatorio Astronómico Nacional, de la Academia Nacional de Ciencias y Literatura y ordenó la reestructuración de la Biblioteca Nacional.

El movimiento positivista se continúa a lo largo del porfiriato aunque en los últimos años se convirtió, casi totalmente, en un movimiento político. Cuando realmente existía interés por la ciencia, se fundaron numerosas sociedad científicas y centros de estudio; se emprendieron diversos trabajos y se publicaron numerosos periódicos donde se daba cuenta de éstos. En esta etapa hubo algunos brotes de originalidad en la ciencia mexicana; después, la labor de los investigadores se redujo a la recopilación de datos, a la descripción de los fenómenos, sin participar de manera más activa en el desarrollo del conocimiento.

Siguiendo los derroteros de la medicina mexicana de la época, las primeras publicaciones formadas con material del Hospital General fueron también recopilaciones de casos —casi siempre de unos cuantos sin llegar a establecer leyes generales— o, simplemente, informes de casos aislados. En el periódico de nuestra Academia aparecieron, hasta 1910, 13 artículos escritos por médicos del flamante nosocomio. En uno se trataba de algo secundario relacionado con un problema nacional: el tifo. En otro se comunicaba el resultado de las 73 laparotomías que se practicaron durante los dos primeros años de vida del hospital, y en uno más, que escribió el propio Licéaga en 1910, se informaba de la primera aplicación del tratamiento de Ehrlich para la sífilis. El resto no vale la pena mencionarlo.

El caos provocado por la revolución de 1910 afectó importantemente a la ciencia nacional y al propio Hospital General. El Instituto Patológico desapareció en 1913; el Instituto Bacteriológico Nacional se disolvió años después y el Hospital Genenal cambió seis veces de director entre 1911 y 1914, lo que da una idea de las condiciones imperantes en este establecimiento. Fue hasta 1920, cuando siendo su director el Dr. Carlos Dávila, médico del presidente Obregón, empezó el Hospital a salir del estado de penuria en que se encontraba.

Por lo que hemos dicho, nos damos cuenta de un aspecto que, por sí sólo, hace ya meritoria la labor del Dr. Izquierdo; ésta fue hecha en un clima social y con unos medios nada propicios para el desarrollo de la ciencia.

Nos toca ahora comentar el lugar que sus trabajos tuvieron en el desarrollo de los puntos que se estudiaban. Todos ellos corresponden a aquel grupo de investigaciones tendientes a conocer más ampliamente un problema, echando mano de conocimientos y de técnicas cuya certeza y utilidad ya han sido comprobadas en otros casos. Para uno de sus trabajos, el problema fue el hombre enfermo —de tifo o tabardillo, de paludismo o de lepra— y en el otro, el pro-

blema fue el hombre sano nacido o residiendo en un ambiente especial: 2 mil y pico de metros sobre el nivel del mar.

Cuando no existe la posibilidad de efectuar diagnósticos seguros, porque no se puede demostrar el agente causal y/o las lesiones o síntomas característicos, si es que éstos existen, el clínico trata de reunir la mayor cantidad posible de signos o síntomas de valor secundario para reconocer la entidad nosológica. Pienso que por eso se estudió la imagen de Arneth y la eliminación de cloruros en los tíficos, aunque ignoro cual fue la importancia que en la clínica alcanzaron los datos encontrados.

La motivación del otro grupo de trabajos, también es clara y creo que muchos de los datos obtenidos tienen interés actual. Dichos estudios fueron emprendidos para conocer, en distintas etapas de la vida, las constantes fisiológicas de un gran grupo de seres humanos cuyo habitat tiene determinadas características.